

## EL DOCTORAL ESCRIBE SUS «APUNTAMIENTOS»

AHORA está en su cámara apercebido para escribir. Tiene a mano rimeros de libros abiertos y hacecillos de notas. «Apuntamientos» llama a las noticias que colecciona y que orientarán mañana a los eruditos en muchas cuestiones históricas que atañen a Murcia. Es un deleite para él este sosegado retiro de sus rebuscos. Todo el silencio, toda la paz que le rodea y que entra envuelta en la luz copiosa de la media tarde, por la ventana, junto con el olor de los jazmines del huertecillo, será el objeto de sus fruiciones más exquisitas. Como lo es el aparato de su mesa de trabajo y la ceremonia de asentarse a ella y de disponerlo todo con morosa pausa, en donde él halla ocio y descanso.

Ya no es joven el Doctoral, pero está en una plenitud saludable. Le negra el cabello abundante sobre la frente despejada, si bien es gris en las preclaras sienas. Sus ojos brillan con vigor, como revelando una energía que se ha empleado, fecunda, en diversos menesteres de inteligencia y de acción.

Cierto que éste es un momento suyo de solaz. Lo será siempre cuando, acabadas las tareas de su ministerio y las otras, muy arduas, al servicio de la Iglesia o al del Rey, se acoge al silencio del aposento, donde no le turba nada, si no es el piar de los pájaros del huerto y los ecos levísimos de voces lejanas que se han ido deslizando en el aire.

Acomodado en el sillón requiere una afilada cuchilla y aguza el cañón de la pluma que tiene en uso. Su grafismo sutil y menudo ha llega-



do hasta nósotros, más de un siglo después, con toda claridad. Cuida también de que el tintero esté tapado en su ausencia, porque la tinta es líquido susceptible de estragarse con el polvo. Se prepara a sí mismo la tinta según cualquiera de las dos recetas que más gratas le son: una, de la Gorda de la Lencería; otra, del P. Superior de Santo Domingo.

Estas cosas retrospectivas nos ponen absortos a veces. ¿Quién será la Gorda de la Lencería, que no ha dejado en la historia de la ciudad más que el leve rastro de un nombre ridículo al margen de una fórmula de tinta? El investigador que escruta en los archivos tropezará acaso un día con el dato revelador; el humilde escritor de vagas imaginaciones, extrae de su nombre escueto, una «composición de lugar»: una covachuela en la calle que va de la Carnicería a la de Campaneros, ambiente de frescor y de penumbra en las tardes estivales, donde se congrega una tertulia de graves varones. De tiempo en tiempo penetra un cliente del sexo femenino en demanda de velas o de liás de esparto o de terrones de greda para fregar la vajilla. La tendera deja la ancha poltrona donde está depositada habitualmente su plenitud onomástica y acude al menester. Los contertulios departen sosegadamente dejando en sus coloquios—como hemos visto en tantos de Azorín—unos espacios de silencio, en los cuales flota un instante la última frase como una nubecilla de humo, para irse, poco a poco, disipando. Afuera desperézase un pregón pronunciado con acento panocho...

Pero volvamos a la tinta. En realidad las dos recetas son semejantes, porque tienen como excipiente seis cuartillos de agua de lluvia y necesitan de modo indispensable la agalla fina de Turquía, que es menuda y pesada y del color de la aceituna. Si no es de Turquía no saldrá una tinta flúida y tenaz. A esto se añade caparrós o vitriolo romano para el color, palo morado hecho astillitas, que dé lustre, o en su defecto, azúcar cande, y finalmente, solimán o un poco de vinagre. Los seis cuartillos de agua se reducen evaporándose al sol—pues la elaboración de la tinta repugna la lumbre—y queda en cuatro cuartillos, cuyo costo es de diez reales de vellón.

Ahora que tiene dispuestos pluma y tintero levanta el haz de papel blanco y empareja las hojas, golpeándolo de canto, levemente; luego levanta una de ellas entre los dedos y la mira al trasluz. No le agrada emplear trozos de papeles usados para coleccionar los apuntamientos. Estas hojas impolutas son pliegos de a folio, y la transparencia a la luz,



descubre en ellos una filigrana de estrías paralelas, y al centro la figurá tosca de un jinete, lanza en ristre, en la mitad derecha del pliego, y un toro embistiendo, en la otra mitad.

Cae la hoja sobre las demás y el Doctoral, queda pensativo unos instantes deslizándose las barbas de la pluma por sus labios apretados. Enfrente tiene, sobre un atril, un libro capitular, del que extrae datos para sus apuntes. Ahora, cuando yo escribo, los trasladaría a fichas de cartulina. Entonces, cuando escribe él, los copia uno tras otro, sin aparente orden, en esas hojas de filigrana tauromáquica.

Puesto que nos es dado mirar por encima de su hombro, le podemos sorprender en la transcripción de los menudos hallazgos, cada uno de los cuales tiene una diferente evocación: Si el escultor Don Pedro Pérez, vecino de Murcia, hizo las estatuas de la fachada en 1741, siendo comisario de la obra Don Antonio Saurín, ¿cuáles fueron tales estatuas en los días en que Bort contaba con tantos colaboradores?—Primera piedra del Palacio, esquina a la del Ayuntamiento: en la tarde del 28 de agosto de 1748. La puso el Obispo Mateos, asistió el Cabildo de capas, repicaron las campanas y se disparó la consabida pólvora que es condimento de todo popular regocijo. Enterráronse monedas corrientes en una caja de plomo... Y el Doctoral paladea la evocación del palacio episcopal, flamante ahora, con sólo medio siglo de vida, frescas las pinturas murales de su fachada, las pesadas cornucopias del italiano Sistori, allí donde luce graciosamente la más liviana rocalla francesa, guarneciendo el arco principal de acceso.—Porche del Socorro. 6 de marzo de 1741. Dice allí que en este tiempo iba el Cabildo todas las tardes a cantar una salve y no se experimentó el contagio. Querían colocar una nueva imagen de talla, quitando la antigua... ¿Quién lo quería? ¿Quién se opuso? ¿Dónde estaba el Porche del Socorro? ¿Acaso al exterior de la capilla de su nombre, a la entrada de la hodierna calle de Salzillo, junto al sitio por donde el Palacio de entonces se comunicaba con la Catedral, por un pasadizo sobre un arco? ¿Pudo ser esa imagen de talla la que hizo Salzillo y ahora está dentro de la Catedral? Otra cuestión: la devoción a la Virgen del Socorro quizás tiene origen en la necesidad de buscar protección contra las grandes calamidades públicas de hambre, sequía, inundaciones, peste o terremotos. Y no ha prevalecido.

Queriendo seguir las cogitaciones del prebendado, damos suelta a las nuestras. El y nosotros dejamos vagar la imaginación por esos paisajes in-



grávidos que una leve noticia de un libro viejo nos descubre, como una angosta aspillera abierta al pasado en el muro de nuestra actualidad. Uno tras otro, los apuntamientos van fluyendo de los puntos de la pluma. A cada uno sigue el paréntesis de su contemplación.

Mientras tanto la tarde se ha ido desmayando y ya no queda sino un poco de luz pálida en el ocaso. Hay que limpiar la pluma en unos recortes de paño negro; hay que rociar con arenilla de las salvaderas lo recién escrito; hay que tapar el tintero para que la tinta no se estrague; hay que asomarse a la ventana del huerto y escuchar las primeras estrofas del ruiseñor, aposentado en el alto laurel. La acequia responde, al pasar, con su murmullo de timbres íntimos. Don Juan Antonio de la Riva no es, en la estancia, más que una silueta inmóvil circundada por el marco de la ventana.

